

1 | PHANTASMA

Literatura
Fotografía

Paisajes de la
Infancia





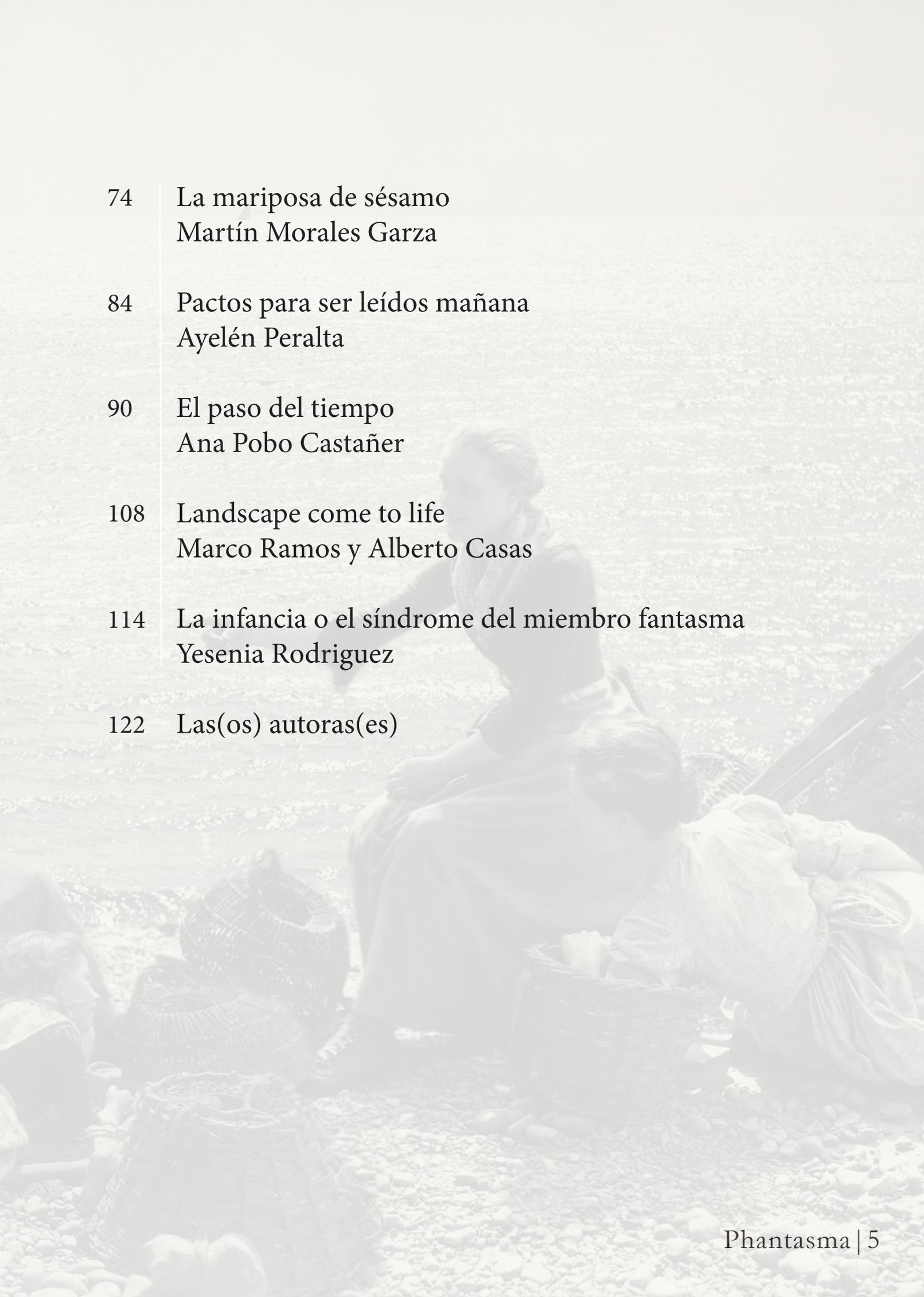
Editorial

Los recuerdos, las sensaciones implantadas en la memoria, que se revitalizan con algunos momentos del presente. Las relaciones perturbadas, camufladas con la inocencia, que cobran sentido con el pasar de los años, porque nunca se fueron, porque siempre estuvieron ahí. También, el dolor, la alegría, lo conmovedor y lo huido. Estas son algunas de las impresiones que suscitan los escritos y las fotografías recopiladas en el presente número. Lejos de la visión paradisíaca de la infancia, muchos de estos textos encarnan las primeras experiencias del dolor: el terror y la impotencia desde la vulnerabilidad, la niñez como pesadilla.

Así, en *Felisa*, por ejemplo, leemos la relación de una niña con un suceso terrible. Para la protagonista implica, en una escena de revelación, el descubrimiento del horror y del mal. En *Maldita soledad*, asimilamos la violencia y el abandono en una crónica íntima sobre el amor filial, abarcado desde la mirada más tierna de un infante, quien parece experimentar, en relación a su madre, sus primeras sensaciones de angustia y pena en una batalla continua contra el entendimiento de las circunstancias que no pueden sino superarle. *Mi padre* sitúa la ausencia paternal como crisis identitaria, arraigada al alma, y que sólo revive con una imagen fotográfica. Es la infancia, aquí, lo que Roland Barthes denomina como *punctum*, aquello que nos punza, que nos lastima. Este concepto se manifiesta en varias de las fotografías conjuntas: así, en *La mariposa de sésamo*, la fotografía es, en esa inmortalización del puro azar, de lo súbito, el recuerdo de un ser perdido, y asimismo, la reapertura de un dolor mucho más profundo. Por ello, *Donde jugarán los niños*, el apartado visual que abre este número, retrata en la infancia y en lo cotidiano un vacío que se trastorna hasta lo extraño, lo ambiguo y, por instancias, lo terrorífico. Así, la totalidad de las colaboraciones a continuación articulan los mismos tópicos aquí propuestos.

Índice

- 8 Donde jugarán los niños
 Eduardo Honey
- 16 Felisa
 Montserrat Arias y Adrián Arias
- 30 Maldita soledad
 Don Cotona
- 40 El infierno se disfraza
 Andrea Ibañez
- 44 Botón de ababol
 Amapola Islame
- 50 El A de las cosas
 Nina Krupelis
- 58 Mi padre
 Carlos Latorre Gutiérrez
- 64 Podemos ser eternos
 José M. Delgadillo
- 68 Gotas de lluvia y chocolate
 Santiago Garcés Mondaca

- 
- A faded, grayscale background image showing a woman sitting on a rocky shore. She is surrounded by several children and large woven baskets, suggesting a scene of daily life or labor. The image is semi-transparent, allowing the text to be overlaid clearly.
- 74 La mariposa de sésamo
Martín Morales Garza
- 84 Pactos para ser leídos mañana
Ayelén Peralta
- 90 El paso del tiempo
Ana Pobo Castañer
- 108 Landscape come to life
Marco Ramos y Alberto Casas
- 114 La infancia o el síndrome del miembro fantasma
Yesenia Rodríguez
- 122 Las(os) autoras(es)





Donde jugarán los niños

Eduardo Honey













Felisa

Montserrat Arias / Adrián Arias

*Jamás ha habido un niño tan adorable
que la madre no quiera poner a dormir.*

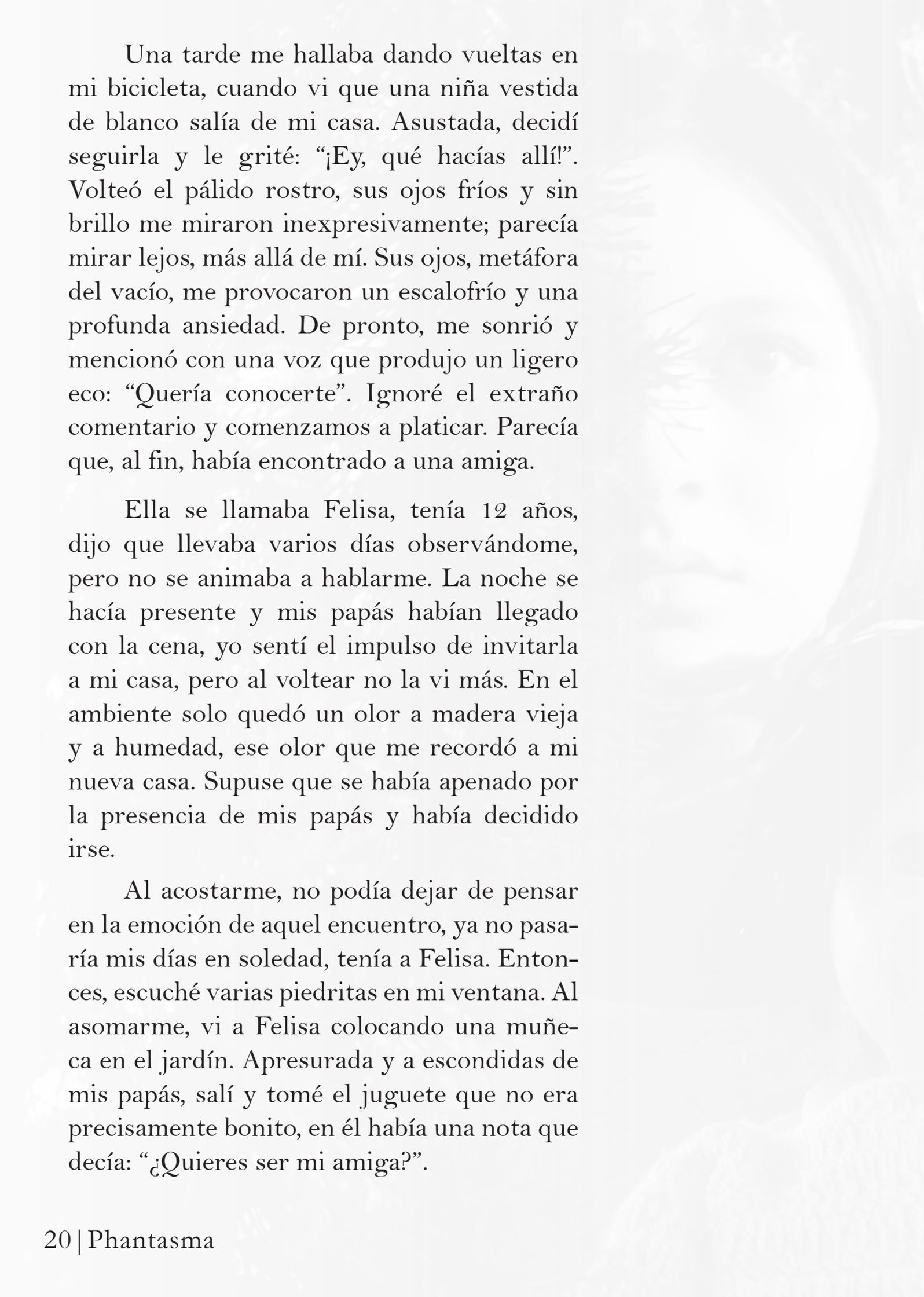
Ralph Waldo Emerson

¿Quién era Felisa? Nunca me lo pregunté en mi infancia, pero si me lo hubieran preguntado, habría contestado: “¡Felisa es mi compañera, mi confidente y mi amiga!”. Todos sus recuerdos emergieron desde la neblina del olvido, cuando cierta tarde en el parque escuché a una madre llamando a su hija. La niña se llamaba Felisa, como mi amiga.

Cuando cumplí 13 años, mi vida se transformó radicalmente. Mi familia y yo tuvimos que mudarnos debido a un cambio imprevisto en el trabajo de papá. La nueva casa no estaba mal, pero era oscura y fría. Un olor ligero a humedad inundaba los rincones, había varios cachivaches cubiertos por la ceniza del tiempo y el abandono, como si los otros inquilinos hubiesen huido sin importarles sus pertenencias. Todo lo arrumbamos en un cuarto. Yo era hija única, mis papás trabajaban todo el día, dejándome sola en casa por periodos prolongados. Compartíamos momentos en la cena, pero debido a la carga de trabajo, esos instantes comenzaron a escasear, así que me sumí en una profunda soledad. A veces, salía a la calle y jugaba con la esperanza de buscar a alguna niña que pudiera hacerme compañía; pero aquel lugar era triste, desolado y gris como las lápidas del cementerio donde todos habremos de terminar algún día.







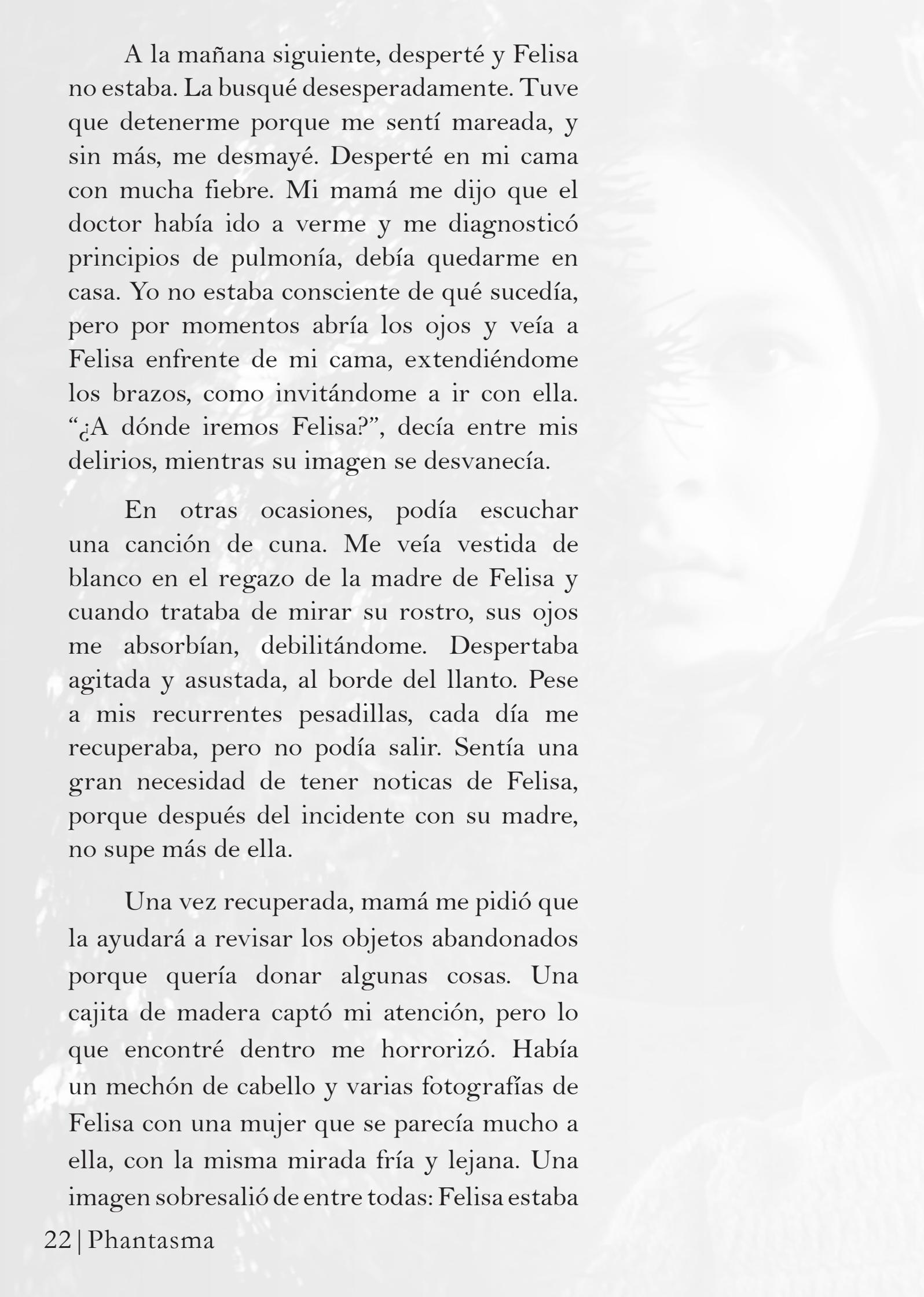
Una tarde me hallaba dando vueltas en mi bicicleta, cuando vi que una niña vestida de blanco salía de mi casa. Asustada, decidí seguirla y le grité: “¡Ey, qué hacías allí!”. Volteó el pálido rostro, sus ojos fríos y sin brillo me miraron inexpresivamente; parecía mirar lejos, más allá de mí. Sus ojos, metáfora del vacío, me provocaron un escalofrío y una profunda ansiedad. De pronto, me sonrió y mencionó con una voz que produjo un ligero eco: “Quería conocerte”. Ignoré el extraño comentario y comenzamos a platicar. Parecía que, al fin, había encontrado a una amiga.

Ella se llamaba Felisa, tenía 12 años, dijo que llevaba varios días observándome, pero no se animaba a hablarme. La noche se hacía presente y mis papás habían llegado con la cena, yo sentí el impulso de invitarla a mi casa, pero al voltear no la vi más. En el ambiente solo quedó un olor a madera vieja y a humedad, ese olor que me recordó a mi nueva casa. Supuse que se había apenado por la presencia de mis papás y había decidido irse.

Al acostarme, no podía dejar de pensar en la emoción de aquel encuentro, ya no pasaría mis días en soledad, tenía a Felisa. Entonces, escuché varias piedritas en mi ventana. Al asomarme, vi a Felisa colocando una muñeca en el jardín. Apresurada y a escondidas de mis papás, salí y tomé el juguete que no era precisamente bonito, en él había una nota que decía: “¿Quieres ser mi amiga?”.

Así comenzó nuestra historia. El tiempo pasaba rápido en su compañía, noté que Felisa nunca se cambiaba de ropa y siempre tenía ese olor característico, a viejo. Entre pláticas, supe que su relación con su madre no era buena, ella la golpeaba. Felisa a veces lloraba y me enseñaba sus brazos llenos de moretones, le dolía el cuerpo y el alma por la falta de amor. Me conmovía la situación de mi amiga y muchas veces le pedí a mi mamá que la adoptáramos; pero me decía: “Verónica, no podemos adoptar a todos los niños que tienen problemas”.

En una ocasión, Felisa volvió a llamar a mi ventana. Salí al jardín y la vi llorando. Me dijo: “¡Vero, tienes que ayudarme, no quiero regresar a casa! Mi madre me abrazó y comenzó a cantarme una canción de cuna para que durmiera; mientras cantaba, su voz cambió, su mirada se perdió y todo se volvió oscuridad, solo la escuché llorar. Tuve miedo porque nunca la había visto así, salí corriendo. Por favor, déjame dormir aquí contigo”. Sin pensarlo, metí a Felisa a mi casa. Le presté una pijama, pero ella no quiso cambiarse. Dijo que estaba muy cansada y que necesitaba dormir. Me acosté abrazándola, trataba de imaginar el miedo que sentía. Su cuerpo era bastante frío, por más que la arropara con mis sábanas. Su frialdad rebasaba mi cama y la habitación entera.



A la mañana siguiente, desperté y Felisa no estaba. La busqué desesperadamente. Tuve que detenerme porque me sentí mareada, y sin más, me desmayé. Desperté en mi cama con mucha fiebre. Mi mamá me dijo que el doctor había ido a verme y me diagnosticó principios de pulmonía, debía quedarme en casa. Yo no estaba consciente de qué sucedía, pero por momentos abría los ojos y veía a Felisa enfrente de mi cama, extendiéndome los brazos, como invitándome a ir con ella. “¿A dónde iremos Felisa?”, decía entre mis delirios, mientras su imagen se desvanecía.

En otras ocasiones, podía escuchar una canción de cuna. Me veía vestida de blanco en el regazo de la madre de Felisa y cuando trataba de mirar su rostro, sus ojos me absorbían, debilitándome. Despertaba agitada y asustada, al borde del llanto. Pese a mis recurrentes pesadillas, cada día me recuperaba, pero no podía salir. Sentía una gran necesidad de tener noticias de Felisa, porque después del incidente con su madre, no supe más de ella.

Una vez recuperada, mamá me pidió que la ayudara a revisar los objetos abandonados porque quería donar algunas cosas. Una cajita de madera captó mi atención, pero lo que encontré dentro me horrorizó. Había un mechón de cabello y varias fotografías de Felisa con una mujer que se parecía mucho a ella, con la misma mirada fría y lejana. Una imagen sobresalió de entre todas: Felisa estaba



recostada con el vestido blanco que siempre portaba, sus ojos cerrados en eterno sueño y su rostro rodeado por una fina tela. En sus manos tenía un ramo de claveles. Volví a sentir ese escalofrío que tuve cuando la conocí. Al fondo de la caja había dos recortes de periódico. En el primero, se leía el titular: “Madre asesina a su hija”. En la nota se explicaba que Bárbara, su madre, sufría de depresión, y que en un arranque de locura, decidió asfixiar a su hija mientras le cantaba una canción de cuna. Bárbara nunca admitió haber matado a Felisa; en su declaración, dijo que la arrulló para dormirla, no soportaba que su hija llorara de hambre. En el segundo recorte sobresalía una fotografía de Bárbara con un hoyo en la cabeza y algunos sesos regados por el piso. El título decía: “Madre asesina se suicida”. Imaginé la escena de la muerte y sentí como si mi ropa se hubiese manchado de la sangre de Bárbara. Horrorizada, solté las notas y salí corriendo de aquel cuarto. Decidí no contar detalle alguno, nadie me creería.

Muchas noches tuve miedo, soñaba con Felisa, insistiendo en que la acompañara a no sé muy bien donde. También, veía a Bárbara con esa mirada iracunda, extraviada y demente, llorando por los pasillos. Todo cambió el día en que nos mudamos, papá fue ascendido y debía trabajar en otro estado. Adiós a la casa y a sus sombras acosadoras.





A veces, cierro los ojos y me parece ver a Felisa con su semblante de niña eterna, vagando en la oscuridad, escondiéndose de Bárbara, quien deambula a tientas entre la locura y los muros de su propio purgatorio; ambas rodeadas por la penumbra y las paredes llenas de humedad, repitiendo una y otra vez sus propios finales en aquella casa que nunca será un hogar, porque las ventanas no conocen la luz del sol y en los pasillos silenciosos e infinitos no existe el tiempo. Un lugar donde solo habita la muerte.







Maldita soledad

Don Cotona

Lo hermoso de esta Pandemia es que le hemos devuelto a nuestra tierra parte de lo que le debemos. Hemos regresado a la esencia del ser humano: la familia, la cual nunca debimos abandonar.

Don Cotona.

No sé qué día es hoy, tal vez como las tres de la tarde de este mismo día, mis hermanos se han ido al colegio, estoy solo, en la cocina de mi casa, la tetera encima de la estufa produce un extraño chillido que a ratos cambia de tono, dando la impresión de ser largos y lastimosos quejidos, hay un silencio sobrecogedor en casa, mi hermanita más pequeña, no la veo por ninguna parte, nunca la veo, ha desaparecido de mi mente y de mis recuerdos, a los nueve años reaparece en mi vida, nunca entendí por qué sucedió eso. Mi Madre está durmiendo sola en su dormitorio, lo sé porque fui muy despacio a verla, no quiero despertarla, se enoja mucho cuando lo hago, vuelvo a la cocina, me siento en el piso con los pies debajo de la estufa para sentir su calor, es el único lugar en que me siento más seguro. Mi Padre siempre llega muy tarde, de noche, como es invierno, me dijeron que el otro año comenzaré a ir a la escuela, mientras, debo quedarme en casa, solo, odio estar aquí, no me agrada mi hogar, mi Madre nunca me habla, tampoco me hace cariño, pienso que algo hice que no le agradó, creo que soy muy chico para haber hecho algo tan malo, que haya provocado odio en ella, quisiera que me abrazara, especialmente estos días de tanta soledad, a veces siento mucho frío y miedo a la vez. Mi Papá me compró zapatos nuevos, me los pondré cuando llegue mi hermano, saldremos a jugar a la pelota, al patio. Siento ruido en la habitación de Mamá, escucho que me llama ¡Juan! Juan, ¿Dónde estás? Aparece en la cocina con cara de desagrado. Tímidamente contesto, estoy aquí Mamá, ¿qué haces ahí metido? Tengo frío, anda a lavarte la cara para que te actives, Mocosito tonto, agacho la cabeza y salgo a lavarme la cara afuera, a la artesa donde lavan la ropa. De a poco la casa comienza tomar de nuevo el calor que me gusta, escucho ruido de voces, cuando veo aparecer a mis hermanos me vuelve la alegría, con ellos juego, especialmente con mi hermano José, él es muy especial para mí, debe ser porque nos lleva-

mos un año en edad, jugamos a las mismas cosas, siempre andamos juntos, lo cierto es que con él olvido los malos ratos, voy a buscar mis zapatos para estrenarlos, corro a casa, ¿qué te pasa chiquillo? Llegó José, Mamá, y vamos a jugar. En ese instante, se abre la puerta y entran mis tres hermanos, José, Sergio y la Juanita que es la mayor, me encanta cuando están ellos, es como si la casa tomara vida, ya... van a comer algo primero, luego hacen sus tareas y si alcanzan saldrán a jugar, nos grita Mamá, ya saben que se oscurece temprano. Esperé a que José terminara y salimos, me puse mis zapatos nuevos, vamos negro a jugar, salimos corriendo con nuestra pelota, no alcancé a escuchar lo que decía Mamá, o lo que gritaba, llegamos a la rivera del estero que había a un costado de nuestra casa, José se puso en el arco, yo me puse en los doce pasos, tomé distancia, corrí y disparé, pero algo salió mal, mi zapato, olvidé amarrarlo, veo como se eleva por el aire, mientras los dos con mi hermano lo observamos incrédulos, fue a dar directo en el agua y se fue flotando estero abajo, yo no reaccioné, mientras, José grita ¡Tu zapato, negro! Entonces corrí con él, viendo como mi zapato nuevo se perdía de mi vista como un barquito en el agua. Ese día fue devastador, mi Mamá culpó a José de lo sucedido, lo castigó con una correa, nunca entendí por qué le pegaba a él, era como si sintiera un profundo odio, yo me sentía aún más culpable por lo que sucedía, cuando lo veía llorar en un rincón, me partía el alma, no sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. En otra oportunidad, vi como mamá lo estaba ahorcando sobre una cama, ella tenía el diablo en su cara, pienso que algo la hacía sufrir y se sacaba ese odio que tenía adentro castigándonos, y José también se revelaba contra ella contraviniendo sus órdenes y haciendo maldades, en una oportunidad, le arrancó la cabeza a unos patos con una vara, creo que por eso Mamá lo estaba ahorcando, yo no siento odio por ella, creo que la amo, solo quisiera que fuera de otra forma, ella es hermosa, me gusta un lunar lindo que tiene en su cara, en una oportunidad, le dije, mientras colgaba ropa en el patio, que me gustaría casarme con ella, se rió, me gustó verla son-

reír, pero yo sé que lo decía muy en serio. Sentía que ella tenía una profunda tristeza, no sé por qué, creo que las cosas no andan bien en nuestro hogar. Hoy sucedió algo muy extraño, mi Papá como siempre trabajando, mis hermanos se fueron de nuevo al colegio, creo que esto sucedió después de almorzar. Llegó a casa un caballero que ya conocíamos todos, era amigo de la familia, yo me había quedado dormido, cuando siento un ruido, era el caballero, estaba acostado con Mamá en la cama en que dormía con Papá, yo no entendía nada, me levanté despacito, creo que ellos me creyeron dormido, ¿por qué no se fijaron en mí?, los vi en su cama, no sé qué hacían, seguro no era algo bueno, puesto que Papá no estaba y creo no le habría gustado esto, me fui a mi cama, y me acurruqué, sin hacer ningún ruido, de nuevo sentí esa soledad que no me dejaba, comencé a llorar, ahogándome en mis sollozos, no podía hacer ruido. De ahí en adelante, las visitas de este hombre serían más frecuentes, y en las horas en que mi Papá no estaba en casa, ahora, menos atención tenía de mamá, los días eran interminables para mí, en una oportunidad, estando sentado a orillas del estero, pensé... que pasaría si meto la cabeza debajo del agua hasta dejar de respirar, a lo mejor podría viajar a otros mundos, donde todo fuera alegría y felicidad, vivo imaginándome cosas, inventando historias, pero... nunca he podido inventar finales felices, siempre son tragedias, lucho con grandes lagartos, monto hermosos caballos, incluso he volado con alas propias, como los ángeles que aparecen en las revistas, y cuando llego al final, algo pasa, igual es lindo imaginarse cosas, es entretenido. Hoy no sé qué sucedió en mi casa, a mi Mamá la vi echar ropa en una maleta luego de que mis hermanos se fueron al colegio, y desapareció, sin decirme nada, no llegó en todo el día, no me habló, solo me miró, y se fue, no sé a dónde, no comí ni me dio hambre hasta que llegaron mis hermanos en la tarde, la Juanita nos dio pan con mantequilla y té, me preguntaron dónde estaba Mamá, les dije que no sabía, en la noche llegó Papá, preguntó lo mismo, pero nadie sabía, de ahí en adelante todo fue un caos, llegó mi Abuelo, salieron a buscarla, no sé por cuanto tiempo pasó esto, pero fueron días, por fin apareció mi Papá y mi abuelo con ella, mi Abuelo comenzó a decirle a Papá que la golpee, según él, para que aprenda; ¿para que aprenda qué?





¿Qué era lo que no sabía? entonces vi algo que no podía creer, mi Padre levantó la mano y golpeó muy fuerte a Mamá en el rostro, ese momento fue como si me hubieran partido el alma, odié a Papá por hacer eso, a mi mamita le sangraba la nariz, comencé a llorar sin poder hacer nada para evitarlo, ella se fue a acostar llorando, la pobrecita, quería abrazarla y decirle que todo estaría bien, veo a mi Abuelo y a mi Padre que conversan de ella sentados en la mesa, miro a Papá y veo que también está llorando, nunca lo había visto llorar, de nuevo desaparecen de mi mente mis hermanos, es como si estuviera metido dentro de una burbuja y esto me estuviera sucediendo solo a mí, aprovecho ese instante para subir a ver a Mamá, está acostada, tiene su mirada perdida, la escucho como solloza, yo no entiendo por qué pasan estas cosas, me acerco a ella, despacito, tengo miedo de que me descubran, pongo mi mano suavemente en su mejilla, tiene sus ojos hinchados, había sangre en su nariz, quisiera llevármela de este mundo, donde no sufra, siento angustia, dolor, miedo, tengo mucho miedo, no entiendo por qué se pelean de esta forma, por qué Papá la lastimó así, si ella es tan linda, de pronto, mete su mano bajo la cama y saca un caramelo de entre sus ropas, lo desenvolvió y lo puso en mi boca, yo, arrodillado a su lado, puse mi cara en su pecho, sentí su mano en mi cabeza, me hubiese quedado así con ella eternamente, sabía que me amaba, solo que las cosas no estaban bien entre ellos, y mi Abuelo, creo que no daba muy buenos consejos, a pesar de que ella es su hija, estos han sido los días más tristes de mi vida, veo todos los días llorar a Mamá, me siento tan culpable de que esté así, que tenga que cargar con este sufrimiento. Hoy me despierto con un beso de ella, fue un lindo despertar, aunque tenía su cara roja, se notaba que había llorado mucho, hasta que veo que se dirigió a las escaleras, llevaba un cuchillo en su mano y corrió afuera, me levanté y miré por la ventana, con un nudo en mi pecho, oigo gritar a mi hermano Sergio ¡No Mami, no lo hagas! Agacho mi cabeza, no quiero ver lo que pasa, en ese instante

aparecen todos mis hermanos, en este recuerdo están todos, escucho que Sergio nos pide ayuda, bajé corriendo, veo entrar a Mamá, tiene mucha sangre en sus manos, Juanita y Sergio la tienen tomada de los brazos, le pusieron paños en uno de ellos, parece que lo tiene cortado, no sé, pero veo mucha sangre, José llega con una vecina, al rato aparece una ambulancia y se la llevan, se va con mi hermana, creo que se quería ir de este mundo y dejarnos, yo solo observo, de nuevo desaparecen todos, retorna esta maldita soledad y el miedo, no sé a qué, pero siento frío y miedo, me voy a mi pieza, veo mi habitación llena de nudos, veo cuerdas anudadas por todos lados, grandes nudos, me siento pequeñito, como si estuviera atrapado y no tengo salida, me imagino caras feas por todos lados, ¿por qué no puedo tener un momento alegre? ¿qué hemos hecho para pasar por esto?. Finalmente, comienzo a ir a la escuela, me siento mejor ahí con mis compañeros que en mi casa, a mi Papá lo veo poco, no tengo muchos recuerdos de esos momentos con él, hasta que llega el día que marcaría mi vida para siempre, ese instante en que ves que todo se derrumba, en que no quieres seguir en este mundo, después de esto, las cosas parece que no tendrán ya más sentido para mi, de nuevo mis hermanos no están, desaparecen de mi entorno, estoy solo con Mamá, la noto extraña, como si su mente no estuviera en casa, como si yo no existiera, la miro y en mis pensamientos le digo: estoy aquí Mamá, no tengas miedo, yo nunca te abandonaré, jamás te dejaré sola, ella no se da cuenta que quiero decirle eso, solo veo que de nuevo toma un pequeño bolso que llena de ropa, comienzo a sentir una terrible angustia, como si presintiera lo que está por ocurrir, de pronto se gira, me queda viendo y se agacha, pone su mano en mi mejilla, veo sus ojos, están vidriosos, como si quisiera llorar, con una sonrisa un tanto forzada y una voz temblorosa, me dice, quédate aquí en casa hijo, no salgas hasta que lleguen tus hermanos, voy a comprar unas uvas y vuelvo, nunca más la volví a ver, no volví a ver su bello rostro, me haces falta mamita, sigo inventando historias, te extraño.





El infierno se disfraza

Andrea Ibáñez Martínez

pudiendo sostener en la espalda

105 kilometros

la sangre que se acumula en la cabeza

los golpes secos

el galope de un caballo en medio de la nada

las nubes que acarician de forma suave y amable la cima
de un cerro.



el roce de los árboles
los troncos que cuentan historias en secreto

insectos caminan majestuosos
reyes del circo

los hijos de los hijos
la llovizna del reino

temple e ímpetu
en las letras de una entrada callada y misteriosa.





Botón de ababol

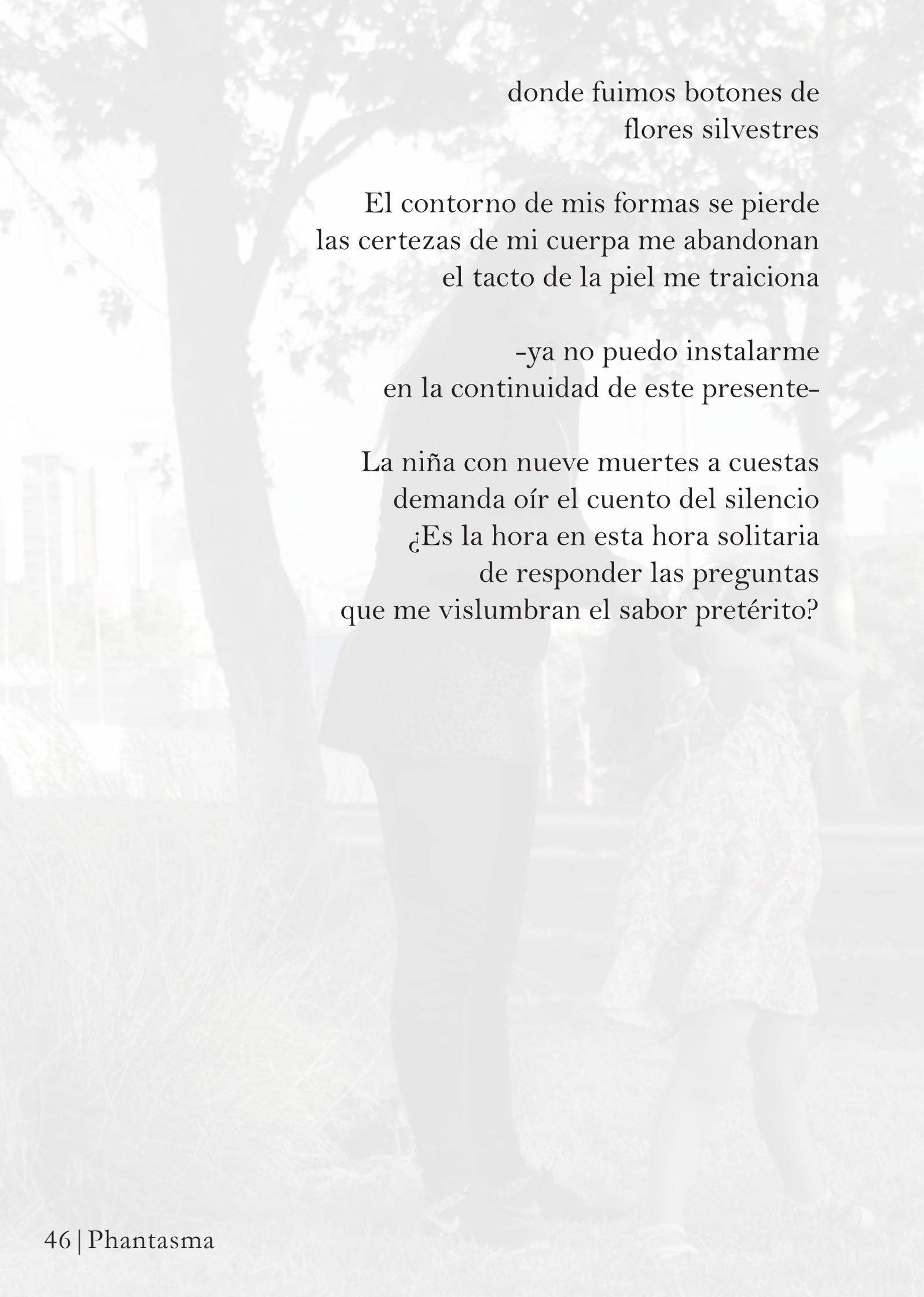
Amapola Islame

Se me deslinda la piel
se difumina el límite
de mi extensión
¡y puedo ser tan mínima!
¿y puedo ser más grande?

La amapola, que es un botón
se anida en un recoveco de mi entraña
dibujando con carbón
preguntas intempestivas, infantes
en un lenguaje concreto
que el ababol de la vanguardia
apenas vislumbra
desconfiada, saborea.

Son susurros con sabor a metal y sangre
por la antigüedad
de las suyas, existencias en guerra
llegan en un eco
colándose hasta mi nuca
se quedan en el
incómodo trajín de los sesos.

En esta primera línea
se meten las incógnitas por los oídos
me llega el grito sordo
lejano
como piedritas golpeando
a mi ventana
palabras de un tiempo
pretérito



donde fuimos botones de
flores silvestres

El contorno de mis formas se pierde
las certezas de mi cuerpo me abandonan
el tacto de la piel me traiciona

-ya no puedo instalarme
en la continuidad de este presente-

La niña con nueve muertes auestas
demanda oír el cuento del silencio
¿Es la hora en esta hora solitaria
de responder las preguntas
que me vislumbran el sabor pretérito?







E. MOLINO BALMACEDON SA

El A de las cosas

Nina Krupelis

Leona tiene en sus manos un linomóvil (linografía-tipografía) para estampar. Lo sostiene como un recién parido, es un recién gubiado, pensado, deseado, esperado, para dejar su huella en el remolino de los pensamientos.

Infancia- dibujas una (muchas) letra
dibujas una (muchas) palabra

Hermana grande-mayúscula
Hermana chiquita-minúscula

Primero va la hermana grande porque lleva de la mano a la hermana chiquita para que no se pierda.
Y como es grande, la dibujamos grande
Y a la hermana chiquita, la dibujamos chiquita

La A es un techo de una casa con una línea en el medio que forma la ventana

Adulto- escribís una letra
escribís una (muchas) palabra



El A de las cosas

Cambaría si dijera "el principio de las cosas" o para causar más misterio "El A". Como parto, se remota a los años que no se conocen con el tiempo, la gente conversaba con sus A.

Había distintos tipos de A:

El típico saludo de la A entrecortada, el hasta luego que se enmarcaba en ese A lloroso.

No era fácil aprender semejante lenguaje, las tácticas y maneje de voz, sus rostros, el sutil movimiento del cuerpo, es lo que abarcaba tan particular comunicación.

Es sabido que la comunidad avanza, se desarrolla tanto como el lenguaje.

El B de las cosas se fusionó con el A de las cosas, la gente de la comunidad feliz por esta revolución lingüista se pone bien predispuesta al aprendizaje.

Luego de añares se llegó a la conclusión de la Z.

De aquí los expertos lingüísticos hablaban con vocales y consonantes (así lo llamaban), comían, y se podría decir en voz baja... cagaban soreteadas de palabras.

El virus lingüístico de difusión, de fusión y de infusión, se expandió.

La gente empezó a entender los entendimientos, las circunstancias, los acontecimientos, lo miento y lo siento.

Se embrutecieron de significancia, la comunidad paso a manos de la civilización y como la civilización no se conformó, abrazo a la humanidad.

El A de las cosas sigue al que ignora el "estado" de las cosas.



Plaza recuerdo

Pasaron momentos
risas, llantos, amistad y desapego
miedos, desconfianza y valentía
jugar a crecer
es la plaza recuerdo
donde cada espacio era una aventura
un lugar por descubrir e inventar
no hay límites, ni fronteras
solo tiempo
cuando el hambre toca el corazón
no importa donde
ni qué
es la pausa de calmar la sed
y volver a casa

¿podemos volver otro día?



Jazz

Camina descalza
sobre el pasto húmedo
va buscando belleza y muerte
entre las flores
ojos grandes exploradores
1,3,4,6,8,9
va contando los colores.
comparte su alegría al ver crecer una semilla
comparte su tristeza al ver morir una flor
en el ritual de la despedida
la huele, la acaricia,
transformando la tragedia
en un acto de amor.

Mi padre

Carlos Latorre

El año 1958 yo tenía 14 años, vivía en un pueblito al sur de Chile, yo y mi madre, mis padres se separaron cuando tenía solo 3 años, no fue fácil para mi madre educar y alimentarme solo con su trabajo, fueron tiempos difíciles que trataba de olvidar en la calle con mis amigos. El fútbol, las bolitas, subir al cerro y ser boy scout me hacían olvidar las carencias que vivíamos en casa. Recuerdo que cuando visitaba la casa de mis amigos o la de mis primos, me gustaba ver las fotos familiares que adornaban las paredes. Me gustaban las fotos en colores, tenían más vida, ahí estaban mis amigos con su padre en la playa, en fiestas familiares, fotos antiguas de sus abuelos, me gustaba mucho verlas y me preguntaba por qué en mi casa no teníamos fotos familiares, sentía que éramos algo diferentes. En mi casa faltaba algo, mi padre, que solo lo conocía por algunas fotos en blanco y negro que se guardaban en una caja de zapatos. Yo, aprovechando cuando estaba solo, las miraba con mucha atención: era alto, delgado, vestía bien, no sabía mucho, mi madre hablaba muy mal de él, recuerdo que cuando hacía alguna maldad, ella me decía ¡eres igual a tu padre!

Un año más tarde, en 1959, había terminado mis seis años de educación primaria, tuve bastantes problemas y recuerdo que repetí un año. Fui amonestado por el director del colegio y eso me hacía no asistir a clases, me sentía muy confundido y mi mayor problema era no saber a quien podía contarle lo que me estaba sucediendo. Por las noches, pensaba que si tuviera a mi padre esto no podría sucederme a mí. Un día, después de un partido de fútbol, mis compañeros se hacían bromas y todos se reían, en ese momento me di cuenta que no era solo yo, el director también molestaba a otros alumnos, fue como un alivio para mí, no era solo yo. Eso me ayudó, de alguna manera, a ol-

vidarlo, pero no del todo, ya que en ocasiones me acuerdo de todos estos momentos, aunque no lo quiera.

Ya terminados mis estudios primarios, mi madre nos avisó que nos mudaríamos a la capital, a Santiago. Éramos los únicos de toda la familia que aún vivían en una provincia. En esa gran ciudad vivían tíos, primos y otros familiares que yo no conocía, recuerdo que solo en una oportunidad mi madre me llevó en tren, fuimos de visita por unos días, para mí fue como visitar otro país, todo era grande, moderno y a diferencia de nosotros, ellos gozaban de muy buena situación económica. Recuerdo que llegamos a vivir con unos tíos, ella era hermana de mi madre, no fue fácil para mí adaptarme, me sentía extraño, éramos provincianos pobres y con otras costumbres, pronto nos mudamos a otro lugar y poco a poco me fui adaptando a la gran ciudad.

No toda la familia me recibió con los brazos abiertos, solo mi abuela Olga, una mujer extraordinaria. No pasó mucho tiempo para saber que ella tenía información de mi padre. Al contrario de lo que mi madre me decía, él era un buen hombre, tranquilo, educado y si nunca lo vimos fue por culpa de mi madre, él trató muchas veces de contactarse con nosotros, sus hijos, y así fue que un día, sin avisarle a mi madre y con la información de mi abuela Olga, me dirigí a una iglesia donde él pertenecía, era un día Domingo, estaba muy nervioso, no sabía qué le diría o lo que él me diría. De pronto, ahí estaba frente a mí, recordé las fotos en blanco y negro que mi madre guardaba en una caja de zapatos: alto, delgado y bien vestido. Caminó hacia mí y me dijo "...así que tú eres Carlos?". No recuerdo cual

fue mi respuesta, estaba confundido, quizás arrepentido de estar ahí, yo esperaba otra cosa, un abrazo era lo lógico, todo fue muy frío. Pronto nos despedimos, volví a mi casa muy triste, tenía muchas esperanzas en reencontrarme con mi padre, pero no fue así, aunque no puedo negar que sí me gustó verlo. Era mi padre.

Han pasado algunos años, ahora estoy casado y con hijos, comenzando mi vida laboral, ahora tengo suegros, cuñados y algunos amigos. La experiencia vivida con mi padre hace algunos años está olvidada y toda mi atención está concentrada en mi familia. Qué equivocado estaba.

Un día, en mi trabajo, me avisaron que tenía visita, no era común que alguien me visitara en mi trabajo. No podía creerlo, era mi padre, siempre igual: alto, delgado y bien vestido. Nos abrazamos, me sonrió, le conté que era abuelo, le mostré algunas fotos que tenía en mi billetera, vi sus ojos húmedos de felicidad, me gustó verlo. Después de unos momentos, me explicó el motivo de su visita: necesitaba dinero. Mi sueldo era bastante bueno y estaba tratando de ahorrar para comprarme un auto, se lo hice saber. Él no insistió y pronto nos despedimos, lo vi caminar algo cansado, yo volví a mi trabajo, pero no pasó mucho tiempo para darme cuenta de lo que había hecho aquel día, no fue fácil, no podía dormir, mantenía silencio en casa, estaba muy arrepentido, por qué le negué esa ayuda a mi padre, no sabía cómo remediarlo, era mi padre y ahora sabía mucho de él. Fue culpa de mi madre la separación.

Por muchos años he tenido que vivir con lo sucedió aquel

día, ¿por qué le negué mi ayuda?, ha sido la pregunta que me he hecho por años: por qué no le di la oportunidad de conocernos, que mis hijos conocieran a su abuelo, que tonto fui. Lo tuve frente a mí y no hice nada.

Creo que fueron algunos familiares los que me avisaron del fallecimiento de mi padre, murió solo, abandonado, en un pequeño pueblito, dentro de una casa de ancianos con pocos recursos. Vi su cama, me entregaron algunos documentos y una foto que él mantuvo toda su vida. En ella, aparece mi madre y yo. También recuperé una carta, escrita hace ya un tiempo. En ella decía que perdonaba a mi madre. Ahí me entere que él no tuvo otra familia, siempre estuvo solo, y al final de la carta, él recordaba aquel día donde fui a verlo a su iglesia, lo feliz que se sintió al verme alto, delgado y bien vestido. "Es igual a mi", decía. Pienso que lo decía algo orgulloso.

No es fácil contar lo que realmente ha sucedido, pero lo hago porque creo que él, mi padre, lo entendería y que me perdonaría por no dejarlo entrar en mi vida cuando lo tuve frente a mí.

Aquí está la única foto que tengo de él. Fue tomada por mi madre.



Podemos ser eternos

José M. Delgadillo

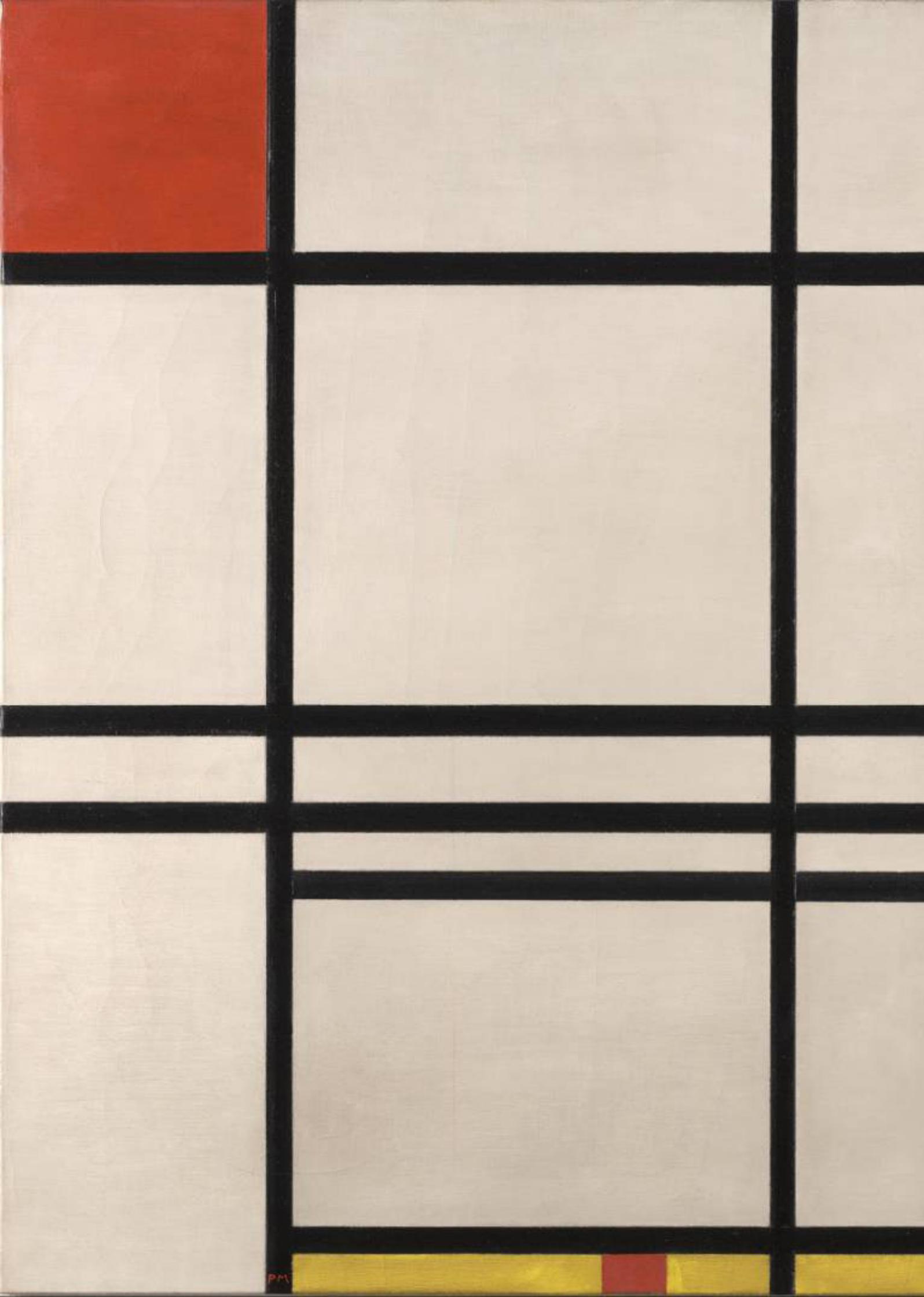
Aquel hombre recitaba, pero nadie le oía
una imagen de mí a los doce años
caminando sobre el agua
veo hacia la cámara de mi padre
revelación de colores, despierto mi instinto por vivir
calles, luces, frente a la ventana que arde.

Leo el poema que escribí cuando comimos la piedra verde
que el anciano con el rostro agrietado nos ofreció
volteo hacia arriba para escuchar
aquellas montañas que se derrumbaron hace miles de años
para convertirse en el hogar de alguien.

La carretera mojada
niños que saltan felices entre los charcos
los observo, tomo nota
creo otros territorios, otros mundos ocultos
que me ayuden a seguir adelante.

La cámara los registró mejor que cualquier poeta
una señal de que podemos ser eternos
y aun así, a pesar de todo
no hay nadie aquí para leerlos.





Gotas de lluvia y chocolate

Santiago Garcés Mondaca

Es extraño cómo un sonido tan simple como una gota en el tejado puede estremecerte tan íntimamente de los pies al alma. Recuerdo aquel meneo del abuelo cuando veía a las nubes amenazar la tarde con la humedad de su canto, siempre iba con el pañuelo en el bolsillo de la camisa para recibir esas primeras lágrimas que afinaban las tejas de zinc del rancho, como una orquesta ambulante sin gorro para monedas. “Tolón, tolón, dicen las gotas...”, decía sonriendo y moviéndose como un adolescente rumbero de apenas ochenta y dos años. Yo corría por el casete de salsa vieja que ponía bajo el cenicero en la cocina. El rebotar de la lluvia en la casa de los abuelos era lo mismo que decir chocolate en fogón de leña, mi abuela ya tenía ese sonido a lluvia definido en su vocabulario campesino, aunque no supiera leer ni escribir. Ella se había graduado de la escuela de la vida y yo apenas estaba empezando el kinder, no era para ella sino escuchar el primer acorde en las tejas de la cocina para encender la cayana en que hacía las arepas, y en la olla el chocolate con leche fresca ardía en el fuego con la misma leña. Me robaba un pan de yuca y metía el casete en la grabadora, y el abuelo cantaba y bailaba a ojos cerrados reviviendo una juventud que se iba como las cenizas de su cigarrillo. Yo esperaba ese momento en el que bailaba cada vez que veía el cielo negro desde la silla mecedora de la entrada, lo observaba mientras tomaba un jugo de guayaba espeso y dulce del que no me cansaría nunca, aunque mi madre, que fue criada a punta de guayaba y de tomate de árbol, dijera lo contrario.

Estaba seguro de que llovía por aquel baile suyo, no sé si en Santa Elena hubo indios, pero si los hubo, mi abuelo era pariente, su danza de lluvia y de bailadero era la señal para que el

aguacero se manifestara, el abuelo me sentaba en sus piernas y me daba el último trago de su café.

En las noches de tormenta en que lloraba de miedo, mi abuelo me tomaba de la mano, me envolvía en la cobija y acariciaba mi pelo: “ay mi niño, no te asustes que Dios es bueno”, me decía con cariño, mientras ponía tarros en el suelo para retener las goteras. Él pensaba que Dios era un espíritu de agua y le oraba en las mañanas al admirar el rocío, comulgaba de su cuerpo en el café, se bautizaba en el arroyo que había en el patio cada vez que bañaba su cuerpo y yo aprendí a amar a ese Dios hecho de lluvia, de llanto y música.

A esta parte del oriente antioqueño muchos le dicen cielo roto por sus constantes lluvias, la casa de los abuelos ahora es, solamente, la casa de la abuela, la lluvia cae más triste que antes, el casete era un fantasma que ya no sonaba, porque su ritmo revivía el dolor de su ausencia, dibujaba su imagen invisible y pesada. Cuando él vivía, eran las goteras una fiesta melodiosa, pero ahora desde la mecedora, el cielo negro marca el llanto hacia la tierra, pero Dios es bueno, y a veces, cuando escampa, un arcoíris multicolor llena de alegría el mundo y su rostro se dibuja entre las nubes agrietadas. Ojalá, desde los pequeños resquicios de las grietas, bajara hasta mis oídos un tolón tolón que contra el techo recitara un te quiero.







La mariposa de sésamo

Martín Morales Garza

Nunca fui supersticioso, pero podría jurar que, de algún modo, hubo otro factor determinante en los decesos, aparte de la mortalidad del coronavirus, que volvió a arrebatarme a otro ser querido, a pocos días para el aniversario luctuoso de mi única hermana. Los hermanos éramos Baltazar (el mayor), luego mi mellizo Abundio y yo, después llegaría Raquel.

Cuando recibo el pésame de mi familia, me abstengo de llorar, no quiero hacerlo frente a mi esposa y mis dos hijos veinteañeros.

En el armario se encuentran los álbumes fotográficos y me alegra encontrar registros de nuestra juventud y adultez, pero los verdaderos tesoros son las restauraciones en blanco y negro, donde salimos muy pequeños, inocentes ante las decisiones del tiempo y juguetones con lo que creíamos sería la vida adulta.

*

En 1967, la familia que contrató a mamá, como trabajadora del hogar, nos invitó a un ejido en General Terán, Nuevo León. Entre niebla, papá se hallaba trabajando sin descanso en la pizca, no lo recordaba con nosotros en ese fin de semana.

En el trayecto, el padre de familia sintonizó la radio y se escuchó "Mariposa de sésamo" de Carillo Alcora, y la copiloto insistió a mi señora madre para que cantaran juntas. Mamá era acreedora nata de un rango vocal que sólo adquirirían los egresados del conservatorio mediante años de preparación.

A diez minutos de finalizar la canción, hubo un freno que, debido a la brusquedad, hizo que la niña en brazos de la patrona se estampara en el parabrisas, pero los niños de esa época parecíamos de roca y el único daño fue la telaraña conformada por las grietas en el vidrio.

Estuvimos varados en la carretera hasta que llegó el jefe de mamá y quiso inmortalizar el momento con una fotografía que nos obsequiaron, donde aparecíamos los cuatro hijos, las tres pequeñas de esa familia, la esposa y mi señora madre.

A partir del 2002, mi esposa se hizo admiradora de Cel-drana Alcora, hija de la desaparecida Carillo Alcora. Adquirió el álbum de nuevas interpretaciones de los éxitos de su famosa madre y lo escuchaba todo el día.





Cuando llegamos al ejido, la señora llevó a nuestra madre con el curandero Ramiro Sasafrás y nuestro anfitrión nos guio a su propiedad para que apreciáramos a los animales, como los borregos, las cabras, las gallinas y los cerdos.

Sólo las fotografías de esa ocasión me permitían recordar los nombres, los hechos y los juegos entre hermanos. Ojalá Raquel no hubiese sido relegada por nosotros para jugar “sólo los niños”.

Mamá no fue la misma después de esas visitas con el curandero, porque abandonó el hábito cantor y se dedicó a los remedios con base a hierbas y menjunjes.

Durante la pandemia por coronavirus, pasaba el tiempo encerrado en la recámara entre semana, veía series o películas de internet y, si la suerte estaba conmigo, me escabullía con precaución hacia el piso que conduce a las escaleras, escuchaba las conversaciones entre mi esposa y mis hijos.

Cuando falleció Raquel, los tres bromeaban con chistes que sólo entre ellos se entendían, se mofaban de anécdotas de mi cuñada mayor y de su peculiar hijo, pero enmudecieron y hablaron sobre el deceso.

—Esa vez que asaron carne asada, dos o tres días antes de que mi tía falleciera, ustedes tenían puesta esa maldita canción, dijo el mayor, y por eso, no bajamos.

—A ver, parece que aún no queda claro, ¿empezamos con el recuento de las tragedias?

*

Al año de la visita al ejido en General Terán, mamá nos escondía en un cuarto cuando acontecían las tormentas torrenciales, pero se esforzaba por no alterarnos, nos trataba con pinzas, a diferencia de papá que, posiblemente por escepticismo, solía darle el gusto por unos cuantos minutos y luego nos sacaba con tirones.

Con sacrificios, había una radio que, cuando llovía, papá intentaba escuchar y accionó por una canción para distraernos, sobre todo a Abundio, que temía a los truenos y a la caída estruendosa de la lluvia. "Mariposa de sésamo" de Carillo Alcora fue lo último que escuchó Abundio, sufrió un infarto antes que un trueno terminara de sobresaltarnos.

*

La enfermedad crónica del mayor, la primera convulsión del menor, las discusiones horrendas por las calificaciones bajas del primero, el extraño accidente de su primera mascota, el intento de levantamiento por parte de dos hombres con escuadras a mi esposa e hijos cuando fueron al cine, a plena luz del día, la muerte repentina de un vecino, el fallecimiento de Raquel y ahora, Balta.

—¿Y qué con su tío Balta?

—Antier estaba cenando. Habías dejado la radio encendida para que los perritos no estén en silencio porque se les antoja ladrar. Le subí a la televisión y casi me atraganto cuando sonó "Mariposa de sésamo", pero era de Alegría Uval. Me confié, me dije que era una nueva versión, que no pasaría nada malo. Ahora sé que, sin importar quién le haga cover o versión, pasan cosas.

Sin poder escuchar más teorías conspirativas, dejé de prestarle atención, encendí la computadora, busqué las tres versiones de "Mariposa de sésamo", las descargué para pasarlas al celular, tomé audífonos y me dirigí a la cochera por la bicicleta.

Di la vuelta a la manzana con el reproductor de música en modo bucle.



Pactos para ser leídos mañana

Ayelén Peralta



Vislúmbrome el adorno de mal gusto colocado al costado
de la cabeza ya desmemoriada,
-y ausente de una flor naciente que no florezca del plástico-.
Una licenciosa línea paralela se cuelga por el medio
de mi sombra y al cabo:
perlas deformadas y patios y estallidos y bombas y cosas
usados como sillas,
y mosaicos granito que me contienen.
Luces impensadas, escuelas salvajes y más cositos,
respiran.
Radio-emisores nostálgicos de escoras de viejos serenos,
sentados en los veranos más espesos de la vida.
¡Matices del puto infinito!
Un túnel hondísimo yace extasiado de formas
más coloridas que el colorama,
que hacen añicos las pupilas rebobinadas, calmas
como un insecto.
¡Y maravillas suntuosas y finos estampados mexicanos!
Acepto las propuestas tranquila, como si hubiera tomado una
dosis de Rivotril con efecto decario
hasta dejar de ser un infante.
Todo ha de dolerme, mis manos de nuevo están enchastradas
en el gran enchastre paroxida.
El óbito de Dios trepado al borde de la cama
al lado: pelos de tanza albino, ligeros chubascos
en las rodillas huesudas
y juegos de mesa con fichitas naranja jugo.
Un país de años de espera nefelibata

pone altar en la vereda, copada de rayas bebedoras
de chubasquitos del limbo
y efímeros viven, los volátiles refrescos de manos en paredes
frías.

Una *barbie* violenta
se cuelga del trapecio, de los roces con los silencios que nadie
presencia.

Una familia navideña en tonos pardos, un pozo ciego
de olores para ser vistos.

¡Obsceno exabrupto de imágenes!

Un negocio negociable. Un nítido viaje de ida.

Una escada.

Una maratón psíquica de aquellas.





El paso del tiempo

Ana Pobo Castañer

Perspectiva histórica del proyecto

El proyecto fotográfico se basa fundamentalmente, en la sensibilización de la sociedad hacia el arte fotográfico y el acercamiento del espectador hacia la riqueza expresiva de las pequeñas cosas, que la mayor parte de las veces nos pasan desapercibidas, pero que están ahí para sorprendernos cuando las contemplamos con interés y detenidamente.

El proyecto contiene dos temas: uno basado en el paso del tiempo (escenas y objetos del pasado), y otro la belleza de naturaleza sencilla, la más simple, la más humilde.

Ambos temas nos son próximos pero habitualmente no nos percatamos de la belleza que encierran.

Y el patrimonio histórico que desean transmitirnos. Es como una aproximación al origen (como diría Salvador Pániker), a nuestras raíces.

Y el conocer nuestro pasado nos enriquece no sólo racionalmente sino también en lo más profundo de nuestra sensibilización espiritual.

Metodología

Se trata de rastrear, de examinar en primer término lo más cercano, en este caso se trataría de Teruel para ir ampliando tanto en la provincia, cómo en las zonas limítrofes, de manera que quedasen plasmados los dos objetivos del proyecto, **El paso del tiempo**.

Material Complementario

- **Libros de fotografía antigua**
 - “Tras las huellas del pasado”
 - “Teruel, historia y arte”
 - “El color de la ira”
 - “De ayer a hoy” historia de la medicina































Landscape come to life
La tragedia vuelta
esperanza

Marco Ramos / Alberto Casas

Pececito, puedo decírtelo
no hay días especiales, siquiera hay días
no hay un universo con un ojo siempre en desvelo
existen tramos, tramos y tramos
de los heraldos deformes y amputados de la memoria:
del ardid del olvido, y olvidamos hasta olvidarnos de nosotros
del repiquetear del recuerdo, recordamos, y se buscan días
se elaboran calendarios hasta el sinsentido
hasta el febril, agónico entrelazamiento
de voces y vientos, de voces y viajes, de viajes y personas
de palabras y tierras, de acentos y ciudades
de arrugas y rostros
pero no hay tal
no hay eternos desvelos ni indelebles intimidaciones
los abrazos no se articulan como oraciones al cielo
ni el corazón de las cosas espera
al final de una torre de babel
te lo aseguro
si Dios no está muerto, al menos, está dormido
¿Está soñando?
Sin embargo, puedo decírtelo, el asunto es fácil
si se guardan algunas reglas esenciales en los dedos.

1. Si conduces, no atropelles a nadie:
“Linda, con un carajo, ¿no lo ves?, el amor es un cocodrilo,
vamos con calma”
“¿Otra vez con ese tipo de chingaderas?”
Y sin demora
aquel sanguinario nos hacía, a ella y a mí
trizas en el suelo, en los sillones,

devoraba en las camas, en las sillas, en el rosa de las auroras,
se sumergía en las noches,
entre las lunas,
oculto como una piedra enorme, verde y maldita,
nos acechaba.

Al final las dentelladas sí fueron suficientes
tomamos una escopeta (heredada)
y prorrumpimos contra el cielo
contra un vientre, que absolutamente verde y escamado
se partió en dos
revelando
con el caer de una sinfonía de finas
extensas y brillantinas entrañas
un horizonte en silencio
pero tendrías que creerme, eso no es nada, y el asunto es
fácil.

2.- No morir. Pues estar vivo es ya un chance.
¿ejemplos? he ahí a Darío irremediabilmente ebrio
En una isla, curándose
No tanto del alcohol como de la muda resignación humana
Confeccionando un himno, un amanecer, en un solo día
He ahí Pizarnik
Pletórica y milagrosa como un arcoíris
Nadando entre su piel y la piel de los objetos,
acostando en cada sábana y cama de un manicomio
un cuerpo y una noche, un poema

He ahí a Papasquiario, atropellado como un perro
aullando, hasta lo último, siempre aullando
con un cisne atorado en la garganta
he ahí la poesía, que tampoco lo es todo
puedo...

Podría decírtelo, pececito
pero el tiempo...
pero hay tiempos, como el tuyo,
que atan con sus propias manecillas un nudo en su cuello
Que indican siempre:
00:00
Inmóviles, no emergen, permanecen cadáver
Permanecen fotografía.





La infancia o el síndrome del miembro fantasma

Yesenia Rodríguez

Me recuerdo sola, siempre sola y con los miedos a flor de piel. Me recuerdo sola durante el día, cortando naranjas para comer, pues mi madre se enojaba porque quemaba los trapos de la cocina con los cerillos al intentar la estufa encender. Comía aquellos frutos con sabor a sangre porque la motricidad de una niña de 5 años no era la mejor para un cuchillo poder manipular; comía naranjas porque la estufa tenía prohibido encender y los cerillos en los trapos apagar.

Me recuerdo encerrada en un cuarto jugando, hablando sola; esperando sin saber el tiempo contar.

Había tardes más ruidosas que otras, pues tras la puerta a otros niños escuchaba jugar. Cuando se aburrían, la puerta que nos separaba se convertía en su portería, mientras se reían y murmuraban sobre mí. Cuando la noche se acercaba, los pelotazos se volvían patadas y los murmullos sollozos que asustarme buscaban.

Con la noche llegaba el miedo, con los sollozos el palpitar incesante de mi corazón y el deseo acrecentado de que por fin fuera la hora de ver a mamá llegar. Cada noche la esperaba en aquel rincón de la cama que mi espalda “protegía” y que mirar la puerta de frente me permitía. Noche tras noche lloraba hasta que ella por la puerta entraba y mi llanto era callado por su voz que me pedía, dejara de llorar, porque la hora de dormir era ya.

Hubo noches que tuve más miedo que otras.

El noticiero nacional daba aviso de un misterioso y aterrador ser que por las noches la sangre del ganado bebía; el chupacabras le llamaban. Testimonios desde las rancherías y retratos hablados del chupacabras mi mente invadían, y el palpitante de mi corazón reaparecía acompañado de un viento fantasmal que por una ventana rota se colaba.

Con o sin criatura nocturna, la respuesta de mi madre siempre era la misma tras mi suplica incesante de un abrazo: "deja de llorar y duérmete ya".

Los años pasaron y la niña que fui ahora sabe que el chupacabras no era real, y no me da miedo el sonido natural del viento, que las ventanas hacen al crujir. Dicen que "la primera señal de que la infancia se desvanece es la transformación del miedo: los demonios detrás de las cortinas desaparecen, las sombras monstruosas adquieren formas racionales". Mi niña interior y yo sabemos que ahora los monstruos están en el espejo o en algún abusador. Los demonios no han desaparecido, pero la cortina sí. Se cayó hace años y ahora los podemos ver, no hay velo que nos separe de todo aquello que en la infancia nos transgredió.

Recitamos cual mantra explicaciones lógicas y racionales a nuestros miedos adultos y llevamos a cabo rituales irracionales que nos permitan continuar, a sabiendas de que los miedos infantiles nos acompañarán hasta nuestro último suspiro, tal como el malestar en invierno que deja un brazo amputado. Por esto, la infancia es como el dolor de un miembro fantasma.







Las(os) autoras(es)

- **Eduardo Honey**, autor del ciclo fotográfico "Donde jugarán los niños", publicado en el dossier n°1 de Revista Phantasma.
- **Montserrat Arias**, Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa. En sus escritos, podemos encontrar la constante preocupación por la muerte, la existencia, el vivir cotidiano, el terror, el erotismo, el amor, el desamor y también, una crítica social. Ha publicado algunos de sus textos en blogs literarios y en revistas digitales, como Rigor Mortis.
- **Adrián Arias**, Licenciado en Comunicación y Periodismo por la Universidad Nacional Autónoma de México, unidad Aragón. Se ha desempeñado como periodista especializado en negocios; también es aficionado de la música, la fotografía y la literatura. Actualmente, escribe en el Heraldo de México, y colabora en el espacio de opinión de Radio Fórmula, TV Azteca, y en el podcast Cine chelas.
- **Omar Villanueva** (Don Cotona), 59 años, chileno, oriundo de un pequeño pueblito llamado Paillaco, nacido el 18 de julio de 1961, escritor Amateur de historias y cuentos, tengo cuatro publicaciones en revistas digitales, Convocatoria navideña en Promo Literaria, Convocatoria Violencia de Revista Kuma, Micro relato para Editorial Sirena, y Convocatoria Permanente de Revista Phantasma, todas bajo Seudónimo de: Don Cotona y la muerte no callará mis palabras.

- **Andrea Paz Ibáñez Martínez** (Valdivia, Chile, 1993). Es pedagoga en Educación General Básica, Mención en Lenguaje y Comunicación, y ha publicado los poemarios *Paremia Desnuda* (2018) y *La emperatriz* (2019); colaboraciones en *La Marraqueta*, *LenguajePerú*, *El Guardatextos*, *Bistró 27°*, revista digital *Barrio Huetén*, *Sociopata*, revista *Kuma*, *Lakúma Pusáki*, *Elipsis*, *Circo Editorial* y revista literaria *Libre e Independiente*.
- **Amapola Islame**. Santiago, Chile. Nacida en febrero/1992. Psicóloga y poeta feminista.
- **Nina Krupelis**, Argentina, 22 de octubre de 1983. Saco fotos de vez en cuando. Me dedico al grabado y a la experimentación. participé en varias convocatorias virtuales, tratando de asimilar de alguna manera al contexto actual pandemik y buscando medios alternos para seguir difundiendo las distintas formas de expresión.
- **Carlos Latorre Gutierrez**, Los Ángeles, Chile, 17 de diciembre de 1944. Actor de teatro y dramaturgo, ha incursionado en el cine como extra en tres largometrajes y cuatro cortometrajes, actualmente retirado de las tablas se dedica a escribir cuentos y relatos para concursos literarios, en sus tiempos libres cuida de sus tomates y lechugas que siembra en el patio de su casa.

- **José M. Delgadillo** es artista audiovisual, nacido en San Luis Potosí. Estudió la licenciatura en Historia en la UASLP y la Maestría en Estudios de Arte y Literatura en la Facultad de Arte de la UAEM. Es creador de piezas de video y cine experimental en las cuales utiliza la dialéctica de la fragmentación del tiempo que transcurre entre el pasado y el presente, tratando de poner de manifiesto el poder de las imágenes que evocan el onírico placer de escuchar y observar la naturaleza, sus paisajes, y al mismo tiempo mostrar la descomposición de las vivencias personales y su recomposición desestructurada como instantes de un pasado vago, gracias a la memoria, los recuerdos y a la lente de una cámara. Su obra consta de más de 30 piezas que se han presentado en alrededor de 40 exposiciones y festivales en países como Francia, Alemania, Inglaterra, Túnez, Holanda, Rusia, España, Argentina, Perú, Colombia y México.
- **Santiago Mondaca**, nació en Itagüí - Colombia el 3 de junio de 1999. Ganó el 2º puesto en el concurso “Historias para volar la imaginación” de la I.E Concejo Municipal De Itagüí con su poema “Palabras que sangran” (2016), fue ganador del 1º puesto en el “Primer premio municipal de poesía y cuento corto de Itagüí” con su cuento “Fruto prohibido” (2018) y es co-autor del libro con las obras ganadoras de este, participó del Festival internacional de poesía de Medellín (2018 y 2019), es co-autor

- del libro “Deshielos de tinta” (2019), se publicó una selección de sus poemas llamada “Ideas de humo” en la 9° edición de la revista “Lo innombrable” (2019), su cuento “Casa robada” fue publicado en el libro con los mejores cien cuentos del concurso “Medellín en 100 palabras” (2019), fue ganador del 1° puesto en el “Tercer premio municipal de poesía y cuento corto de Itagüí” con su cuento “Reflejos” (2020). Abriéndose fronteras fue seleccionado para publicar sus cuentos y poemas en diferentes periódicos y revistas de Colombia, Costa Rica y México (2021). Actualmente estudia ingeniería electrónica en la Universidad de Antioquia, es miembro del taller de creación literaria Letra-Tinta y es cronista en la revista Bohemia.
- **Martín Morales Garza** (Nuevo León, 1991). Publicaciones y distinciones: Hospitalidad malagradecida (mención honorífica CJL-UANL 2014 y publicado en "OXXO I love you: CJL 2013-2015", [2016]). La dama de los perdidos, bajo seudónimo de Tallatha Reznor (CJL-UANL tercer lugar cuento infantil ilustrado, 2017). Nostalgia de los sentidos, “Relatos en tiempos de cuarentena” (antología). Ed. FONT (2020). Racimo de Nomeolvides, “Relatos de encierro en cuarentena” (antología). Librerio (2020). El lado cósmico del sueño paradójico, “Fin del Mundo” (antología) Revista Teresa Magazine (2020). La casa de la tía Rebeca, “Edición 15: Aguinaldo” (Revista COMA, 2020). Año-

- ranza navideña setentera, “Edición 15: Aguinaldo” (Revista COMA, 2020). La búsqueda (micro relato infantil). “Microtopias: de renos y calabazas” (antología). Dispensario Servicios Editoriales (2020). “Horrores”. IV PREMIO INTERNACIONAL “BITÁCORA DE VUELOS, 2020 (Categoría Libro de Cuentos) Bitácora de vuelos Ediciones (2021). Presunción. Fanzine TRANSMEMORIA (2021). “Un monstruo llamado glamour”, finalista seleccionado Convocatoria Publicar 1-2021 Nueve Editores (2021).
- **Ayelén Peralta**, nací en la ciudad de Rosario en Argentina en 1994. Soy actriz, formada en la carrera de Artes Escénicas. Me gusta escribir poesía, hablar portugués y practicar yoga. Actualmente estudio Educación Especial. He sido publicada en Revista Pop y El elefante azul (2020), y en Autor/libro (2018) como parte del concurso "Jóvenes Escritores" de la editorial española Hago Cosas.
- **Ana Pobo Castañer** de Teruel, España. Contacto: anapoboc35@hotmail.com
- **Marco Ramos y Alberto Casas**. Ciudad de México, México (1990). Psicólogo titulado por parte del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Experiencia en educación especial (autismo y parálisis cerebral). Estudiante de filosofía en la Universidad Autónoma Metropolitana. Publicación en Antología Hispanoamericana (1970-2000), revista Liberoamérica 2019; Traducc-

- ión de tres poemas de René Char, revista Monolito 2019; Poema, Tu poesía no, revista Nocturnario 2019; Poema, Un último cocodrilo, revista Alerta Sociológica 2019, UAM; Cuento, Una cuestión de comunicación, 3° lugar, publicación UAM y la Ventana de Arte Incluyente 2019; Un rottweiler sobre la arena, revista Perro negro de la calle; El cráter Gernsback, revista Teoría Ómicron. Aficionado de la poesía y la escritura.
- **Yesenia Rodríguez Andreade**, Ciudad de México, 1989. Socióloga de formación y deformación, comprometida con las infancias y su empoderamiento.









PHANTASMA
1# PAISAJES DE LA
INFANCIA